



AÑO IV

← BARCELONA 22 DE JUNIO DE 1885 →

Núm. 182

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL MERCADO DE FEZ, cuadro por Ricardo de Madrazo

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA ESCALA DE LA MUERTE, por don Félix Rey.—LA SERENATA, por don Eduardo Lopez Bago.—LA CRUZ MÁS SANTA, por don Antonio de Trueba.—LA INOCULACION DEL CÓLERA, por el doctor don A. Fernandez Caro.
GRABADOS: EN EL MERCADO DE FEZ, cuadro por Ricardo de Madrazo.—LA DESPEDIDA POSTRERA, cuadro por A. Hirschl.—ENTRE BASTIDORES, dibujo por J. Llovera.—RECREOS CIENTÍFICOS, dibujos de doble aspecto.—ACABÓ EL CARNAVAL, dibujo por C. Randanini

NUESTROS GRABADOS

EN EL MERCADO DE FEZ,
cuadro por Ricardo de Madrazo

El autor de este cuadro es de familia de artistas. Su padre ha sido uno de los primeros pintores contemporáneos españoles; su hermana es la viuda del inmortal Fortuny. Se debe pues, á su nombre y al nombre del autor de la *Vicaría*.

Madrazo, como su hermano político, ha ido en busca de aire y de luz allí donde el aire mece las palmas en los bosques y la luz baña el desierto como si entre el cielo y la tierra no existieran las capas de la atmósfera. En el África está el provenir de Europa; y los artistas con ese genio profético que les distingue, parece como que llaman la atención de los grandes estadistas hácia esa esperanza de una civilización repleta y caduca.

Nuestro cuadro representa uno de los mercados de Fez, la ciudad eminentemente comercial del imperio marroquí; pero ¡cuán distinto movimiento, cuán distinto efecto el del mercado africano y el de nuestro más insignificante lugar de contratación!... La vida del europeo, cuya síntesis es la actividad y la iniciativa, contrasta con la vida del musulmán, indolente, fatalista, pegado, digámoslo así, al terruño sobre que suda ó á la pared del edificio contra el cual descansa.

Fez, como la mayor parte de sus ciudades, es una antítesis permanente: junto á los paredones que un terremoto parece haber estremecido, puertas, arcos y torres, en cuyas labores diríase que la piedra no ha ofrecido más resistencia que la cera; el más completo abandono en los servicios públicos, en permanente comparación con las más refinadas pulcritudes de un arte que aún no ha sabido imitarse...

Eso son las ciudades africanas que participan algo de su proximidad á Europa, la parte del mundo que un día fué su esclava, que despues ha querido ser su señora y que en día no lejano será su maestra.

Ricardo Madrazo ha visitado Fez y lo ha reproducido en sus cuadros: á nosotros, con ver los cuadros, se nos figura que conocemos algo de Fez. Es lo más que podemos decir en su merecido elogio.

LA DESPEDIDA POSTRERA,
cuadro por A. Hirschl

El autor de este lienzo ha empezado por donde los demás concluyen. Es una de las primeras obras del ya célebre discípulo de E. Muller y ha ganado el primer premio en la exposición de Viena. Bien lo merece quien, á sus grandes conocimientos técnicos del arte, reúne la verdadera condición del pintor de historia, conocimiento de la época y simplificación del asunto, con lo cual la imaginación del espectador se espacia sin trabas por los campos de la fantasía. En cuanto al asunto, su misma importancia revela los alientos del laureado artista.

Decía Napoleon I que de todas las empresas militares que registran los anales de la guerra, ninguna le asombraba tanto como el paso de los Alpes por Aníbal. Quince días empleó en escalar y descender de aquellas montañas cubiertas de nieve, quince días durante los cuales hubo de abrir palmo á palmo el sendero por donde había de pasar el numeroso ejército y la más numerosa impedimenta de caballos y elefantes, quince días luchando contra los hombres y, peor aún, contra los elementos, quince días viendo hundirse á cada paso en los abismos algunas bestias y soldados, reservas de armas y de alimentos, quince días en que la muerte pidió auxilio contra Cartago á los guerreros de la montaña, al frío y al hambre, sin que el terrible enemigo de Roma cejara un punto en su propósito de herir á su enemigo en el corazón mismo de su imperio.

Una epopeya de esta naturaleza ofrece al artista ancho campo en qué inspirarse: son tantas las escenas que han de ocurrírsele para trasladarlas al lienzo, que uno de sus mayores méritos ha de consistir casi en la elección. Hirschl ha acertado: la despedida de esos guerreros, moribundos de hambre y de frío, es realmente patética, y aumenta el interés del asunto la sobriedad en su ejecución. No es ménos recomendable el estudio de tipos, trajes y armas, en el cual ha demostrado el artista alemán los grandes preparativos que ha hecho para sentar plaza entre los más ilustres pintores de historia contemporáneos.

ENTRE BASTIDORES, dibujo por J. Llovera

Si todas las hijas de Terpsícore afiliadas en los cuerpos de baile teatral se pareciesen á las de nuestro grabado, sería cosa de defender las puertas de los escenarios colocando baterías en ellas. Si con ser esas sílfides de algodón y cascarrilla, por regla general, ménos apetitosas que una noche al raso, atraen al *foyer* (donde lo hay) ó á los bastidores, un enjambre de gomosos impertinentes y entecos, ¡qué fuera, Dios mio, qué fuera si esos anzuelos que el demonio utiliza tuvieran la forma ideada por Llo-

vera!... Afortunadamente nuestro distinguido colaborador las dibuja como las siente y no como las ve, ó las ve como las quisiera y no como son; porque de otro modo, la historia de Elena y el incendio de Troya se reproducirían frecuentemente en pleno siglo XIX. En honor á la verdad, en esos dramas de bastidores las víctimas del raptó no son las Elenas, sino los París.

RECREOS CIENTÍFICOS,
dibujos de doble aspecto

Los que publicamos en este número son debidos á Gaillot, artista más ingenioso que inspirado. Publicáronse á principios de este siglo en Berlin, y son parte de una colección de litografías tituladas *Artes y Oficios*, cuyo mérito consiste en formar el tipo de un personaje empleando solamente útiles de su profesión, combinados de tal suerte que, á primera vista, puedan confundirse la persona y las cosas.

Es un ejercicio entretenido que durante algun tiempo estuvo en boga, aunque no sabemos de ningun artista célebre que emplease su talento en rebuscar medios de producir tan ficticio y anti-inspirado efecto. Modernamente se han publicado trabajos de combinación parecida, aunque algo más perfeccionados. Así, por ejemplo, pocos habrán dejado de ver aquellas dos hermosas criaturas apoyadas en el antepecho de un gran ventanal, que á regular distancia producen el efecto de un cráneo.

De todos modos, lo repetimos, esa especie de acertijos revelan más paciencia que inspiración.

ACABÓ EL CARNAVAL, dibujo por C. Randanini

Es una composición que se recomienda por la corrección del dibujo y la naturalidad con que están representados los tres personajes que principalmente la constituyen. A juzgar por la expresión de sus semblantes conócese que los dos del bello sexo no están aún cansados de las bromas y locuras del Carnaval; en cambio el del sexo fuerte se apresura á desembarazarse de las arlequinescas prendas que por complacencia se endosó, demostrando así que en ciertos casos las mujeres son más infatigables que los hombres.

LA ESCALA DE LA MUERTE

I

¡Qué hermosas son las praderas que se extienden entre Ashborn y Tedesvell, en el condado inglés de Derly! Fatigado de los brillantes tonos de luz del sol de Andalucía y de la abrasada vegetación de mi país natal, admiraba con fruición el tranquilo panorama que se ofrecía ante mis ojos.

Era una tarde de los últimos días de mayo; el sol comenzaba á declinar y doraba aquellas extensas planicies en donde pastaban centenares de esas gigantescas vacas que constituyen la riqueza y el orgullo de la Gran Bretaña. El sol, que en Sevilla hubiérame *sofozado*, me acariciaba con su dulce calor, y envuelto en la tibia atmósfera que formaba en torno mio, me separé de la apacible orilla del Derwent y dime á caminar á *campo traviesa*. Mis piés se deslizaban sobre el césped oscuro y aterciopelado de una pradera interminable, y cansado de la monotonía de aquel salón campestre, me dirigí hácia un bosque que á lo lejos divisaba.

A poco de haber penetrado en él detúveme admirado. En el centro del bosque había un claro, que parecía el rompimiento de una decoración teatral, y en medio el lago más risueño y poético de cuantos he visto, y he visto algunos. Un vicientillo suave rizaba las aguas azules y unos cuantos sauces *se inclinaban á la orilla*, haciéndome recordar la *Fábula del Genil*, y no me hubiera sorprendido de ver salir de entre las liras á la náyade Cínaris ó á alguna otra beldad acuática.

De repente noté que no me hallaba solo en aquel sitio; un hombre y una mujer estaban sentados en la orilla del lago y separados de mí únicamente por un grupo de árboles. Ambos eran viejos, pero parecían bien conservados, estaban limpia y sencillamente vestidos y no tenían aspecto de campesinos.

El hombre leía el *Times*, la mujer hacia calceta.

Tan absortos se hallaban, que no repararon en mí.

II

Nublóse el sol; el hombre suspendió su lectura y dijo:

—Misstris Lupus, vamos á tener tempestad.

—Tal creo, mister Lupus,—contestó la mujer.

Yo á mi vez miré al cielo. Una inmensa masa de nubes avanzaba con rapidez por la zona de poniente, la brisa se trasformó en viento caluroso y los árboles comenzaron á agitar su follaje.

—Misstris Lupus,—dijo el hombre,—la tempestad nos viene á pedir de boca y me sugiere una idea para nuestro proyecto.

—¿Qué idea, mister Lupus?

—Este lago crece mucho con la lluvia.

—No comprendo, mister Lupus.

—Ya comprenderás, ¿estás decidida?

—La mujer debe seguir al marido.

Un gran trueno interrumpió este diálogo y casi de repente comenzó á caer una lluvia copiosa.

Yo me arrimé más al tronco del árbol junto al que me hallaba, y excitada mi curiosidad por la conversación de la vetusta pareja, los observé, procurando no ser visto ni sentido.

El hombre dobló el *Times* y lo guardó en un bolsillo. Sin moverse del sitio donde estaba alcanzó un gran paraguas encarnado y le abrió sobre él y sobre la mujer.

Luégo dijo:

—Misstris Lupus, la felicidad abrume: nuestras arcas van á reventar de plétora de dinero y nosotros por exceso de bienestar.

—Es cierto, mister Lupus.

—Misstris Lupus, somos dos viejos sanos y robustos; por más que lo descuido, nuestro comercio prospera. Si fuera más jóven, iría á Londres á ver si me arruinaba en la Bolsa; ya es tarde. Ahora bien, cumplamos nuestro propósito.

—Cumplámosle.

—Sígueme.

—Te sigo.

El viejo se puso en pié; su compañera recogió la calceta é hizo lo mismo.

—Apóyate en mi brazo, misstris Lupus; seamos tiernos esposos hasta el fin.

—Seámoslo,—repitió la mujer.

Yo me hallaba cada vez más sorprendido, ¡pero cuál fué mi asombro cuando ví á los dos cónyuges meterse en el lago, vestidos y calzados!

Llovia cada vez más, el viento soplabá con violencia y yo me encontraba cada vez más atónito.

Sé que los ingleses son los seres más excéntricos de la tierra, y sin embargo, no comprendía aquel extraño capricho.

Marido y mujer, dándose el brazo y con el paraguas abierto, llegaron al comedío del lago, que tenía poco fondo, y se sentaron tranquilamente; el agua les cubría hasta la mitad del pecho.

Yo no acababa de comprender.

Pero el lago iba creciendo con la lluvia y poco á poco desaparecieron los bustos de los dos viejos.

El hombre tenía siempre el paraguas abierto.

El agua iba subiendo; á la mujer, que era de corta estatura, ya le llegaba á los hombros.

—Misstris Lupus,—dijo el hombre,—va á ser una muerte muy dulce.

—Así parece,—dijo tranquilamente su compañera.

Estas palabras fueron para mí un rayo de luz; comprendí que aquello era un doble suicidio, quise moverme, intenté gritar, pero el asombro me tenía mudo y paralizado; mirando aquellas dos fisonomías tranquilas y casi risueñas, que iban á desaparecer, experimentaba la influencia magnética y fascinadora de la muerte y del agua.

No obstante, hice un esfuerzo, salí de mi escondite y me adelanté hácia el lago gritando.

Pero al oírme, los dos viejos se dejaron caer hácia atrás y desaparecieron á mi vista.

El paraguas, desprendido de la mano de su dueño, flotó algunos momentos y desapareció también.

III

Eran las diez de la noche de una tan calurosa que hacía me recordar las de Madrid y Sevilla. Paris se divertía en grande. Los trenes venían atestados de gente que había pasado aquel día festivo en el campo. Las calles, las avenidas, los boulevares y las plazas hormigueaban en transeuntes. Los circos ecuestres estaban llenos. Se bailaba en *Chateau des fleurs*, en la *Regen Blanche*, en *Bontlier*, en todas partes.

Aquello era una bacanal de alegría.

Pero el Sena estaba casi solitario. Por eso yo, que deseaba el silencio y el reposo de espíritu, me embarqué en un *bateau-omnibus* para dar un paseo por el río.

En los camarotes había algunas personas, á pesar del calor. Yo me quedé sobre cubierta. Halléme casi solo y me senté en un rincón oscuro, entre la escalera de un camarote y la borda.

Momentos despues, una señora y un caballero se sentaron cerca de mí, pero sin verme, porque un ángulo exterior del camarote me ocultaba á sus miradas. Ambos eran jóvenes, guapos y muy elegantes. Él pertenecía, sin duda, á la juventud dorada; ella, parisiense en todos sus detalles y en todas sus filigranas, lo mismo podía ser una Montmorency que una aventurera.

La dama se arregló los pliegues del vestido, desplegó su abanico, se hizo aire, mirando distraidamente al cielo encapotado de nubes, y luégo dijo:

—¡Renato!

—¿Qué, vida mia?—preguntó su compañero.

—Esta mañana he sorprendido en mi cabeza tres canas.

—Serán tres rayos de luna en una cascada de oro.

—Además, se me menea un diente.

—Te pones otro postizo para humillarle con la comparación de los naturales.

—Renato, estoy harta de diamantes, de encajes, de cachemiras, de la Patti, de la Sarah, de trenes, de boulevares, de todo.

—Lo siento, ángel mio, ¡si yo pudiera darte las estrellas!

—Renato, tú eres el hombre más amable; despues de conocerte es imposible amar á otro alguno.

—¡Mil gracias!

—Pero... me voy cansando de tí.

—¡Ah, sí! pues casi me alegro, porque ya estoy completamente arruinado.

—Yo ya no espero nada en la vida.

—Yo la muerte de mi tia, de quien seré heredero, pero Dios sabe cuándo.

—¡Renato, adios! Toma el beso de despedida, y si me amas, sígueme.

Y la dama, con un movimiento rápido, se puso en pié sobre el banco é inclinándose á la borda se arrojó al río. El jóven lanzó una exclamacion, miró al agua y siguió el ejemplo de su compañera.

¡Oh fatalidad! en todas partes me persigue el suicidio.

IV

Yo no pertenezco á esa familia de inteligencias, grandes y pequeñas á un mismo tiempo, que toman la vida tal cual es y que hallando hermosa la jaula no se fijan en los dolores ni en las imperfecciones de los pájaros. La belleza cósmica no me basta y las luchas humanas me martirizan.

No puedo creer que el mundo y la humanidad sean obra de los *acarreos* de la materia, pues esto seria igual á suponer que algunos millares de letras de imprenta arrojadas al aire han podido componer la *Divina Comedia*. Tampoco creo en la sublimidad del alma, que á nuestro antojo y con tan poco trabajo podemos separar de nuestro cuerpo.

No creo en nada; mas que en el hastío que me roe lentamente, y ántes de que acabe de devorarme, quiero, por no imitar á Ovidio, morir en mi país natal.

Salgo de Madrid en un coche de segunda, quiero alentarme con las mortificaciones. En el techo del carruaje aparece una cosa de cristal, parecida á una redoma de botica antigua, y dentro una luz que, aunque opaca, alumbraba el antro. Veo que mis únicos compañeros de viaje son una señora y una nodriza, y que cada una de ellas tiene un niño de pecho en los brazos.

Me recuesto en un rincon y cierro los ojos, no para dormir, sino para meditar.

Los abro, pasada la estacion de Pinto; veo que la señora y el ama de cria están dormidas, y que los niños, apoyados en el seno respectivo, se miran frente á frente.

La luz del coche alumbraba apénas; súbito oigo dos voces casi imperceptibles.

—Hermano, ¿qué edad tenemos?

—¿Estamos en abril?

—Sí.

—Nacimos en febrero.

—Justamente.

—Pues entónces contamos de existencia dos meses, día más ó ménos.

—¡Ah!

—No obstante, yo soy más viejo que tú.

—¿No somos gemelos?

—Sí, pero yo nací un minuto despues que tú.

—¡Ya! y dí, hermano, ¿qué te parece la vida?

—Larga.

—¿Y el mundo?

—Monótono.

—¿Y nuestra suerte?

—Monótona; siempre mamando.

—¡Ya! ya! ¿y cómo hallas á los hombres?

—Monótonos; siempre dicen lo mismo.

—¿Cómo?

—¿Te acuerdas el día en que pagó papá al comadron que asistió á nuestro nacimiento?

—Sí.

—Pues bueno, al darle yo no sé qué monedas, le dijo: —Tenga V., amigo don Lucas, siento no poder corresponder con V. como es debido, ¡pero las cosas están tan malas! ¡No hay un cuarto!

—¡Lo recuerdo!

—¿Te acuerdas de aquella noche en que estuvimos en el café de Madrid?

—Perfectamente.

—No oíste la conversacion de unos que estaban en la mesa próxima á la nuestra?

—No fijé mi atencion *mayormente*.

—Uno decia á otro: —Quisiera ir al Real, pero no tengo dinero. —¿Y quién le tiene? —preguntó el otro. —Mucha gente, —replicó el primero; —por ejemplo los abonados al Real. —¡Vaya un abono! —volvió á decir el otro, —turnos de cinco y sostenidos por empeños hechos en el Monte de Piedad; desengáñate, ¡no hay un cuarto!

—¡Ah!

—Y finalmente, ¿no recuerdas la disputa de papá y mamá por causa de nuestro viaje?

—¡Ah, sí! mamá queria venir en primera.

—Pero papá la convenció con la frase eterna de: ¡No hay un cuarto!

—¿Sabes que tienes razon, que esto es monótono?

—¡Monotonísimo!

Hubo una pausa; luégo oí de nuevo las vocécitas infantiles.

—¡Hermano!

—¿Qué?

—El *spleen* me devora.

—Tambien á mí.

—Hace tiempo que acaricio una idea.

—¿Cuál?

—La del suicidio.

—Suicidémonos, pues.

—Media un inconveniente.

—No caigo...

—No sabemos escribir.

—¿Y eso qué?

—Que seria preciso dejar escrita un carta en que dijéramos que nos refugiábamnos en la muerte, porque estábamos cansados de vivir...

Un vaiven terrible hizo enmudecer á los dos interlocutores: habíamos descarrilado. ¡Un sueño! ¿pero por qué el sueño del suicidio?

V

En el puente de Triana.

Últimas líneas, escritas con lápiz. «Esto es hecho; no sufro más. Va á romper el día; ántes de que el sol aparezca, todo habrá acabado para mí. Las primeras tintas del alba se confunden con el reflejo postero de la luna.

»La luna teme eclipsarse, como si no supiera que es inmortal; en cambio, los ancianos del lago de Inglaterra, los amantes de Paris, los niños del tren... yo mismo, no abrigamos ese temor... Pronto sabré ó no sabré lo que es la mentira y lo que es el alma... pronto lo sabré todo ó no sabré siquiera lo que *he sido*.

»Ya se ve el lejano horizonte; á mi izquierda la Torre del Oro, los jardines de San Telmo, el muelle en construccion, esto es, lo pasado, lo presente y lo porvenir. A la derecha Triana, hormiguero humano que ya comienza á bullir, debajo de mí el río, lleno de buques anclados... El hombre puebla la tierra, invade las aguas, pronto, tal vez, atravesará el espacio inmenso. ¡Qué insaciable es el hombre! ¡pero qué mezquino! le basta el planeta... Yo aspiro á la eternidad.

»Jacob vió la escala del cielo, yo he visto la de la muerte; él debía subir, yo bajo... estoy en el último escalon... ¡llegué por fin!...»

Hubo una convulsion en las aguas del río, luégo un remolino, despues... nada.

Un mendigo de ochenta años, que padecia reuma crónico, encontró en el puente estas *memorias*; leyólas, porque por casualidad sabia leer, y... se sentó tranquilamente á pedir limosna.

¡Oh! la vida es como la mujer; nos ama, nos acaricia, y huimos de ella; nos huye y nos atormenta, y no queremos abandonarla.

FÉLIX RÍEV

LA SERENATA

I

En aquella tarde de invierno la llevaron al cementerio. Iban detrás formando su séquito despues de muerta, como lo formaron cuando vivia, dos ó tres ministros de la corona, los grandes de España que eran sus parientes, los poetas que recitaban en sus salones, los periodistas, la juventud dorada y en resumen todos *sus numerosos amigos*.

No parecia un entierro; dijérase más bien que el coche fúnebre era un carro triunfal, y que en este carro triunfal llevaban á la reina de la moda, metida en una de esas cajas elegantes en que ella misma habia recibido, segun aviso de la aduana de Irun, los vestidos confeccionados por Worth. Aquello, más que la muerte de una mujer, parecia la apoteosis de la muñeca social.

No habia en los carruajes otra seriedad que la del traje negro. Los hombres reian en los *landos* contándose las aventuras galantes que se sabian, los episodios de actualidad, la quiebra del agente de bolsa, el último desafío, la pérdida en el tapete verde del casino, la fuga de dos amantes, y la desaparicion del cajero de una sociedad de crédito.

De vez en cuando uno de ellos miraba por los cristales, y al ver en un recodo del camino los caballos empenachados y las molduras doradas del último *tren de lujo*, debido al alquiler en *La funeraria*, decia, interrumpiendo el diálogo y lanzando una bocanada de humo de su magnífico veguero:

—¡Pero esa pobre condesa!... ¡quién lo habia de decir! .. Y todos callaban un momento para dejar pasar aquella ráfaga de tristeza que se habia deslizado, sin saber cómo, en medio de sus alegres comentarios.

En una berlina de alquiler iba un hombre consagrado á especialísima tarea. A cada instante asomaba la cabeza por la portezuela para contar el número de coches que formaban la fila, número que apuntaba en seguida en su cartera, despues dividió esta suma total en dos sumas parciales, contando en una el número de coches propios y en otra los simones; luégo con el grupo de coches de lujo hizo la última clasificacion correspondiente, mirando los escudos para poner el nombre de sus dueños, y respecto al carruaje que no ostentaba escudo bastábale con mirar la cara, para él conocida, de los cocheros.

A cada momento exclamaba:

—¡Magnífico!... ¡Brillante!... ¡Muy *chic*!

Era el escritor de las damas, el hombre mimado de la buena sociedad, el revistero de salones, tan conocido por sus *espirituales* crónicas, que firmaba con el pseudónimo de *Caricato*.

¡Ah! ¡cuánto sentia él la muerte de la condesa! Perdía con esta desgracia una noche de reunion cada semana, que era tanto como perder una cena y el importe de un artículo *literario*; perdía tambien todos los lúnes la comida que la condesa le daba. ¡Pérdidas irreparables!

Por lo demás, la condesa habia muerto del más aristocrático modo. Al terminar un wals, de resultados de un quesito helado, ofrecido galantemente por su pareja y tomado de pié, entre las risas y cuchicheos de sus envidiosas rivales.

El cortejo llegó ante la verja del cementerio.

La caja fué conducida á hombros de cuatro sepultureros hasta la capilla, á cuya entrada recibió el cadáver un anciano sacerdote de aspecto venerable.

Rezó las oraciones con que la religion católica encomienda á Dios las almas al dar sepultura á los cuerpos, y á una señal suya des:aparon el féretro de la condesa.

Todos se acercaron para ver por última vez aquellas facciones.

El cadáver vestia el hábito del Carmen y sus manos cruzadas sobre el pecho sostenian el signo de redencion. —¡El último abanico!—dijo el revistero mirando á su rededor para estudiar el efecto, que producía su frase.— Un abanico que tiene el mejor de todos los aires. El aire de santidad.

El sacerdote cogió de manos del acólito un hisopo y rocío con él los restos mortales.

—¡Muy *chic*!—continuó el revistero,—aquí se recibe á los convidados perfumándolos con un perfumador de agua bendita.

Entónces el anciano le dirigió una mirada severa y *Caricato* comprendió que si se empeñaba en inventar su tercera frase, iba á ser amonestado severamente.

Además, las dos anteriores no habian causado el éxito acostumbrado. Los rostros estaban serios; imponiales la presencia del cadáver. Cuando se volvió á cerrar la caja todos lanzaron un suspiro de satisfaccion.

Entónces se reanudaron las conversaciones.

—¡Oh! general, ¡cuánto tiempo sin verle!...

—Adios, Gustavo, ¿y la marquesa?...

—Masini cantó como nunca. ¡Qué *Rigoletto*!...

—El baile se aplaza hasta el lúnes...

—¿Y han vuelto ya de Italia?

—Sí. Los dos siguen tan recien casados como ántes de marcharse. Es muy *cursi* quererse de ese modo...

—Se ha portado como un héroe. El desafío era á primera sangre.

—Y ¿qué se hicieron?

—Nada, un rasguño y una contusion.

—Pues la bailarina parece que presenció el combate desde un coche de alquiler.

—Eso dicen; es encantadora... infernal!...

—¿Irás luégo á Fornos?...

—Sí, como allí.

—Iremos juntos...

—Hasta luégo...

—Adios, duque...

—Mi general, hasta la noche...

Y con estos diálogos fuése despidiendo el duelo mientras que los sepultureros colocaban el ataúd de la condesa en el nicho de la cruzía.

Despues se alejaron los coches de regreso á Madrid, se ocultó el sol en el límite del horizonte, y quedaron solos, la muerta en el ataúd, y el guarda en su casita del cementerio.

II

Caricato se perdió la descripción de una fiesta que nosotros, más afortunados, vamos á relatar.

Eran las doce y hacia luna. Los mármoles parecían con aquella claridad más blancos, más altos los cipreses y las cruces más imponentes destacándose sobre la yerba.

El silencio del cementerio vióse turbado aquella noche y en aquella hora de una manera extraña.

Al sonar la última campanada en el reloj de la capilla, oyéronse varios golpes sordos como los que producen los cuerpos pesados al caer sobre la arena, despues circuló por las cruzías un aire húmedo como el que sale de las cuevas abiertas, y por fin sintiéronse pasos y á par de ellos ese ruido particular que al revolverse unas con otras hacen las fichas de dominó sobre el mármol de las mesas en que se juega. Viéronse correr como esclavos asustados y perseguidos los fuegos fatuos que aterran á las viejas y á los chiquillos, y por las sombras de la galería, rozando la bóveda con sus alas, huyeron tambien los murciélagos y las lechuzas.

Un siseo especial, que helaba de terror al escucharlo, se iba acercando al sitio donde se despidió el duelo de la condesa. Era como esas quejas que parece formular el viento por entre las juntas de las puertas cerradas y al mismo tiempo el desgarrado silbido con que pasa por entre las hojas de los árboles.

Aparecieron por fin á la luz de la luna los esqueletos.

Andaban con trabajo como quien da los primeros pasos despues de un largo reposo, con el vacilante andar de los niños y de los viejos, como anda el que viene á la vida y el que la deja. Sus enormes cráneos pesados y relucientes se sostenian á duras penas sobre las primeras vértebras, y por esta razon de su peso las frentes se inclinaban sobre el pecho, y las cuencas de los ojos parecían mirar con espanto como buscando en la tierra la humedad de las lágrimas vertidas por los vivos que habian ido allí para llorar su muerte.

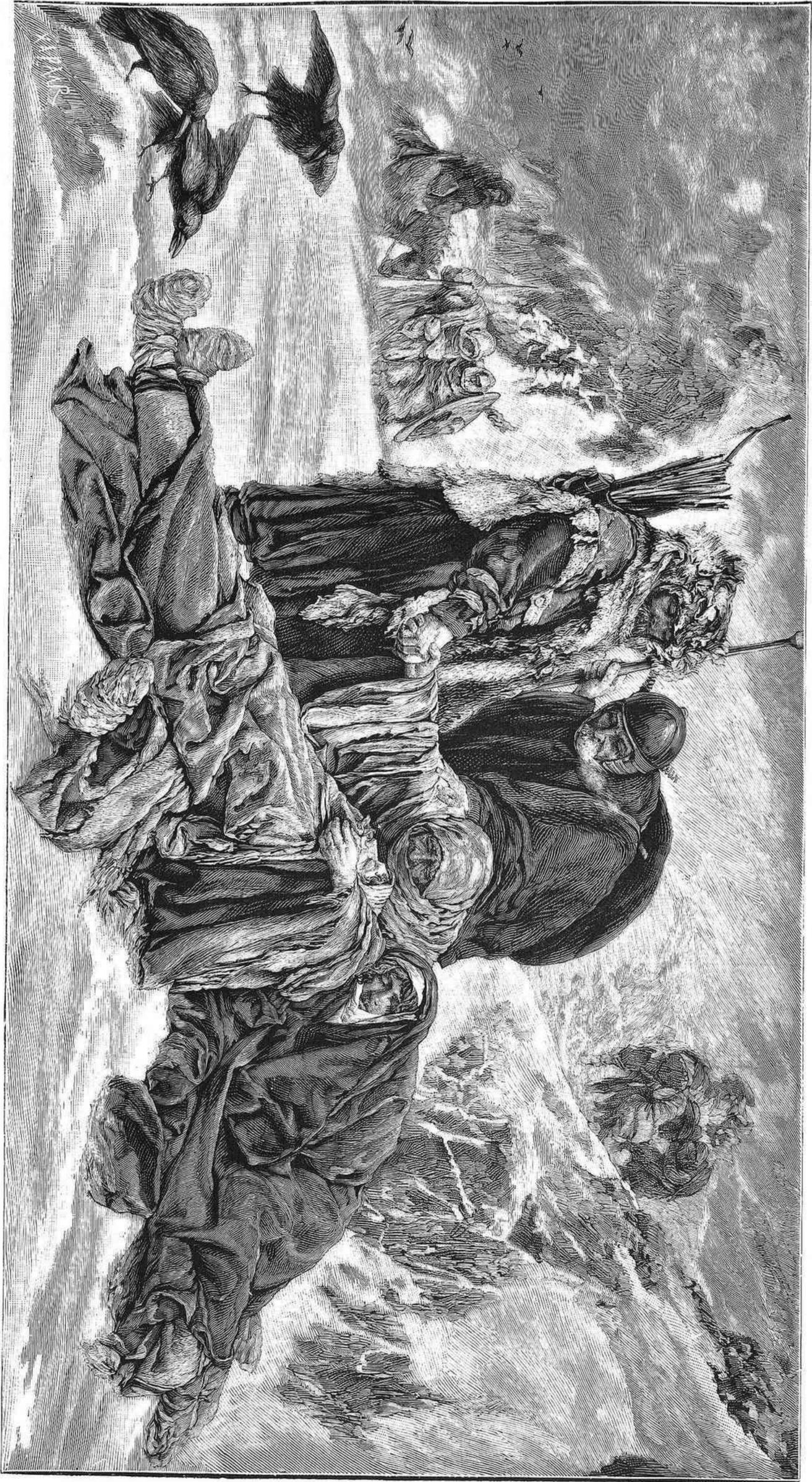
Terminó aquel fatigoso andar, deteniéndose todos delante del nicho en que reposaba la muerta enterrada aquella tarde.

Un esqueleto se colocó en medio del círculo que formaron sus compañeros y á una señal suya cayeron al suelo los sudarios, viéndose entónces que cada uno de ellos iba provisto de un instrumento musical.

El que podemos llamar director de orquesta colocóse el violin bajo la mandíbula, mientras que los demás preparaban tambien este la guitarra, estoto el cornetin de llaves, aquel la flauta, el de más allá el violencello, y un esqueleto muy blanco y muy pequeño, el de un niño sin duda, empezó á repartir las partecillas, en cuya primera página se leía:

DANZA MACABRA

Claváronse en la arena, para que sirvieran de atriles, unas cuantas cruces de hierro; para antorchas prestáronse gus-



LA DESPEDIDA POSTRERA, cuadro por A. Hirechi



ENTRE BASTIDORES, dibujo por J. Llovera

tosos los fuegos fatuos que huyeron cuando los huesos se movían, pero que volvían a rodearlos en cuanto los vieron quietos.

A los primeros acordes, los ladrillos del nicho cayeron empujados por la diminuta mano de la condesa, y en el hueco de aquella fúnebre ventana apareció la muerta en cuyo honor se verificaba el concierto.

Sus hermosos ojos continuaban cerrados, como los dejó la piadosa mano amiga, pero en sus labios se dibujaba como el recuerdo, como la sombra de aquella sonrisa con que supo recibir siempre los obsequios de sus adoradores. La muerte no había podido desfigurarse su belleza. Dió á su frente marmórea dureza, á sus mejillas la sublime palidez de la agonía, y todo ello realizábase con sus cabellos negros, que nadie se atrevió á cortar.

La serenata, que empezó á las doce, fué tan escogida como brillante. Todos los números merecieron los honores de la repetición, sobre todo en la segunda parte agradó en extremo á la condesa la música compuesta por el maestro director, cuyo nombre no sabemos, porque el tiempo lo había borrado de la losa de su sepulcro, cuya música se adaptaba perfectamente á la composición de Nuñez de Arce titulada *El Miserere* y cuya letra no se cantó porque los muertos no tenían voz.

Fuimos las ondas de un río
Caudaloso y desbordado,
Hoy la fuente se ha secado;
Hoy el cauce está vacío;
Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
Se extingue, se apaga y muere.
Miserere

A la primera claridad del día se terminó la velada, quedando la condesa en extremo complacida del recibimiento que la hacían al presentarse por primera vez no al mundo, sino al otro mundo.

Advertencia al lector. El asunto de este artículo no es absolutamente mío. Tiene su inspiración en un dibujo hecho por el malogrado Becquer, en el margen de una cuartilla que contiene el original de su cuento titulado *La venta de los gatos*.

EDUARDO LOPEZ BAGO

LA CRUZ MAS SANTA

(LEYENDA DEL SIGLO XV)

POR DON ANTONIO DE TRUEBA

I

Alboreaba el siglo décimoquinto de la era cristiana á cuyas efemérides pertenecen las gloriosas de la invención de la imprenta, del descubrimiento de América, de la conquista de Granada y de la terminación de los bandos de Oñez y Gamboa que por espacio de más de dos centurias habían desolado la región vasco-cántabra.

Estos funestos bandos estaban más enconados que nunca al alborear aquel dichoso siglo, y particularmente lo estaban en los valles occidentales de Vizcaya conocidos desde tiempo inmemorial con el nombre de Encartaciones, conmemorativo de la carta ó pacto que mediaba entre ellos y el resto de Vizcaya.

Aunque por regla general los linajes estaban afiliados en uno ú otro bando, algunos había que no lo estaban en ninguno, por cuya circunstancia se llamaba *hombres comunes* á los no abanderizados. Los hombres comunes eran respetados por los banderizos, pero esto no obstaba para que el vulgo los considerase como poco celosos de su honra y pobremente dotados de lo que en aquel tiempo se consideraba como la mayor virtud, que era el valor para combatir con una espada, una lanza ó una ballesta en la mano.

Entre los pocos hombres comunes de las Encartaciones se contaban los del linaje de Arangúren de Baracaldo, rama desprendida hacia siglos del glorioso árbol de Susúnaga que florecía desde tiempo inmemorial en la misma república, y trasplantada al apacible vallecito de Mendi-errecas vegetaba allí con extraordinaria lozanía y opimo fruto (1).

Señor de aquella casa era entonces Martín Sánchez de Arangúren, que siguiendo la tradición de sus antepasados, buscaba la gloria por caminos muy distintos de aquellos por donde la buscaban los caballeros principales de su tiempo: aquellos caminos eran los de la paz y el trabajo bendecidos de Dios, aunque odiados de la generalidad de los hombres.

En esto seguía la costumbre iniciada por uno de sus predecesores que, queriendo reedificar y ampliar la casa primitiva del linaje, edificada, como casi todas las casas

(1) Hoy se conoce esta frondosa y pintoresca cañada, cuya extensión es de una legua y cuya población no baja de cien casas, diseminadas en diferentes barriecillos con el nombre de El Regato. El cronista Lope García de Salazar, que escribió en el siglo XV, le llama *Monte-regato* traduciendo su nombre en castellano sin variar la sintaxis euskara, como se tradujeron otros nombres geográficos encartados cuando la lengua castellana fué sustituyendo allí á la vascongada. El nombre de mendi-errecas debió traducirse por río ó más bien riachuelo del monte á que corresponden *mendi* (monte) y *errecas* (riachuelo) con que se diferenciaba la parte de aquel río correspondiente al monte de la que correspondía á la llanura. En cuanto á la rama del linaje de Susúnaga que arraigó en Mendi-errecas y tomó el apellido de Arangúren, nombre particular del sitio donde se estableció, el mismo Lope dice que de allí salieron muchos grandes y esforzados caballeros y que su casa era grandiosa.

fuertes del país, en una colina desde donde sus moradores podían ofender y defenderse, dijo:

—La paz sea siempre en mi casa y en la de los que de mí vengan, y un ramo de oliva sea la única ballesta y el único muro que vedan á los malos entrar á dañar en ella.

Y en efecto, en una hermosa aunque estrecha pradera, que se extendía entre la colina y el río, levantó nueva morada y á su puerta plantó un olivo que le sobrevivió muchos siglos.

Las únicas memorias que quedan de la casa y del olivo son las que voy á enumerar.

En Arangúren hay, escondida entre los nogales y los castaños, una modesta casa de moderna construcción en cuya fachada se lee:

Sobre el antiguo solar
de la torre de Arangúren

Año 1848

Y en Memerea hay un olivo que la tradición dice proceder de otro muy viejo que había hace dos siglos á la puerta de la torre de Arangúren.

II

La torre de Arangúren era un edificio de piedra sillar, cuadrado y alto, que carecía de las saeteras y el muro exterior que tenían casi todas las torres solariegas, en cuya construcción las miras de defensa militar habían predominado sobre las de comodidad doméstica.

Esta comodidad era la que principalmente se había buscado en la construcción de la torre de Arangúren. Edificada entre el río y la base de la colina de Olarte que la dominaba, no ofrecía capacidad correspondiente á la riqueza y la industria de sus señores, pero este defecto se había subsanado con diferentes edificios secundarios que arrancando de su espalda, se escalonaban en las estribaciones de la colina, hasta el primer término de la planicie de esta, puestos todos ellos en comunicación interior con la torre.

Estos edificios estaban destinados á habitación de criados, establos de ganado, lagar y cubera, lonja para el fierro y almacenes de granos y otros frutos de la industria agrícola y pecuaria cuyo ejercicio había valido á los señores de Arangúren el nombre de *ganadores* con que se designaba á los que curaban más de especulaciones industriales que de guerras de bandería.

La torre tenía dos pisos altos destinados á habitaciones espaciosas y alegres y no reducidas y tristes como las de las torres fuertes donde todo se daba á la guerra y poco más que nada á la paz, como que en sus muros, en vez de estrechas y sesgadas saeteras y ventanillas gemelas, daban paso al aire y la luz y los perfumes campestres anchas ventanas y áun puertas que comunicaban en el piso principal con un corredor ó voladizo exterior que circuía á la torre, entoldado de parras que trepaban á él desde los cuatro ángulos del edificio.

Y por último, frontero á éste había un oratorio ó ermita consagrada á la Madre de Dios y cuyo altar se veía desde la torre, porque constituía la fachada principal de aquel pequeño, pero lindo templo, un enverjado de fierro procedente de las herrerías de los señores del solar de Arangúren.

De la torre no queda más que el recuerdo consignado en la fachada de la casa levantada en su solar y sin duda con sus materiales en 1848, pero del oratorio queda un lienzo de pared lateral que sirve de cerradura á un huertecillo lleno de frutales.

De los pacíficos señores que habitaron la torre quedan, desde Amézaga á Tellitu, puntos extremos de aquel lindo, estrecho y amenísimo valle, cuyo caserío está interpolado de huertos fértiles de regalados frutos, memorias singulares que ha conservado de generación en generación el honrado, gallardo é inteligente pueblo que allí habita.

A estas memorias pertenece la narración que allí se designa con el nombre de *La Cruz más santa*.

III

Era una hermosa mañana del mes de agosto y *oñacinos* y *gamboinos* estaban á punto de venir á las manos en la llanura que precede á Mendi-errecas, llanura que entonces estaba poblada de arboledas y no, como ahora, convertida en fértiles tierras labrantías.

Los *oñacinos* cubrían las estribaciones del Argalarío, adonde habían trepado por Aguirre y Susúnaga, y los *gamboinos* las lomas opuestas desde Oquéluri hasta Basuchu.

Entre los *oñacinos* que capitaneaba Ochoa de Salazar, el de Muñatones, se contaban los de Achúriaga, los de Martiartu, los de Zaldibar, los de Butron, los de Leguizamón, los de Mújica, los de Susúnaga y otros banderizos no ménos sañudos y esforzados, y entre los *gamboinos*, á cuya cabeza estaba Fortun Sánchez de Salcedo, se distinguían los de Iburgüen de Elorrio, los de Muncharaz, los de Echeburu, los de Atucha, los de Tosubando, los de Bildósola, los de Largacha y muchos más solariegos principales.

Los mancebos de Achúriaga, que siempre eran los más sañudos y audaces del bando *oñacino*, descendieron los primeros hacia Bengolea y empezaron á insultar y retar á los contrarios de la banda opuesta del río.

Pronto uno y otro bando se fué corriendo hacia la llanura y descendiendo á esta, donde poco después se

trabó la pelea, cuyo horrible rumor atronaba el bosque desde Amézaga á Landáburu.

La lucha duraba aún una hora después velada por la sombra de los robledales y los castaños de la extensa llanura. De repente se vió á los *oñacinos* abandonar el campo en completo desorden, unos yendo á refugiarse en las torres de Landáburu, otros en las de Zuazu y otros procurando ascender á Susúnaga y Aguirre.

No pocos de ellos caían en la huida, rendidos por el calor, el cansancio y las heridas que habían recibido en el combate ó alcanzados por sus perseguidores que les daban muerte sin misericordia, y no pocos también perecieron al vadear el río que limitaba por el Oeste la llanura y á la sazón hacia invadible la marea que alcanzaba aún más arriba de allí.

La huida de los *oñacinos* hacia la embocadura del valle de Mendi-errecas era punto ménos que imposible, porque para impedirlo se habían corrido hacia aquella parte fuerzas *gamboinas*. Sin embargo de esto, un gallardo mancebo *oñacino*, inerme y cubierto de sangre propia y extraña, apareció en la calzada que atravesando el puente de Erri-ederto, nombre equivalente á *lugar hermoso* que después, pasando por modificaciones eufónicas, vino á convertirse en Retuerto, se dirigía al oriente trepando al collado de Oquéluri, para descender al Cadagua en Burceña.

El fugitivo tomó la margen derecha del río, á la sazón sembrada de seculares robles, y no como hoy, dedicada á feraces tierras labrantías, sin duda con la esperanza de hallar su salvación Mendi-errecas arriba.

Al emparejar con la singular fuente de Amézaga, cuyo raudal, entonces más caudaloso que en ninguna otra estación del año (1), serpenteaba á través de la arboleda, en un repechillo sombreado de los carrascos que le daban nombre (2), sintió ansia de apagar en ella la ardiente sed que le devoraba; pero temeroso de que los enemigos le persiguiesen y le alcanzasen si se dirigía á ella, continuó río arriba esperando calmar su sed en la saludable y fresca fuente de Iguíliz que pronto encontraría á su paso, ya que no la calmase en el agua del río que debía estar tibia por efecto del mucho calor de aquel día y los anteriores y á cuyo profundo cauce era peligroso descender en su estado.

Pasó el río por un alto puente de piedra que se alzaba frente á la casa solar y la herrería y el molino de Bengolea y al volver allí la vista hacia la llanura, vió con temor que algunos peones *gamboinos*, ballesta en mano, dejaban en Erri-ederto la calzada para tomar río arriba, sin duda en su persecución.

Hizo un esfuerzo supremo para aligerar el paso, siquiera para llegar á Gorostiza y ocultarse en alguna de las casas de aquel barrio, cuyos habitantes pasaban por afectos al bando *oñacino*, pero una gran humareda que de hacia Gorostiza se alzaba, le hizo temer un nuevo contratiempo.

En efecto, el molino y las casas de Gorostiza eran montón de escombros y de fuego y hasta había sido talado el bosque de frutales que ya entonces ocupaba parte de la llanura que hoy es en su totalidad fructífera vega (3).

Mientras *gamboinos* y *oñacinos* se corrían hacia la llanura de Landáburu para emprender allí la lucha á que se habían retado, algunos peones de los primeros, por orden de sus caudillos, se habían encaminado á Gorostiza y habían entregado al fuego los edificios y árboles frutales, para vengar los auxilios de mantenimientos que los *gamboinos* suponían haber sacado de allí los *oñacinos*, mientras estos permanecían en las estribaciones del Argalarío.

El mancebo siguió adelante cada vez con más dificultad. Esta se aumentaba al pasar por Gorostiza con el calor de los edificios incendiados y el espectáculo de desolación que ofrecía aquel barrio.

Ansiaba llegar á Iguíliz para calmar la sed que le abrasaba, pero al llegar se encontró con que la fuente había dejado de manar, experimentando una de las intermitencias que la singularizaban (4).

Faltábanle sólo algunos centenares de pasos para llegar á Arangúren. Al subir una cuestecilla en cuyo término el camino daba una revuelta y desaparecía cerca de la torre de Martín Sánchez, volvió la faz y vió á los peones *gamboinos* que continuaban sin duda en su persecución.

La mayor de sus dichas hubiera sido entonces poseer una lanza ó una espada para esperarles allí y terminar su vida peleando con ellos, pero careciendo de esta dicha, siguió aquella vía dolorosa algunos pasos más y al fin cayó al suelo falto de toda fuerza y de toda esperanza.

IV

Aquel mancebo era Fernando de Achúriaga, que había esperado encontrar su salvación tomando la vía de Mendi-errecas para ascender por allí á las cumbres de Urálaga y

(1) No en vano llamo singular á la fuente de Amézaga, pues se observa en ella el fenómeno de que su caudal aumenta ó disminuye segun aumentan ó disminuyen los días del año.

(2) Amézaga equivale á *carrascal* ó sitio de carrascos, que son una variedad del roble que abundaba antiguamente en Vizcaya acaso más que la albar que hoy predomina, á juzgar por la nomenclatura geográfica.

(3) En esta vega se producen exquisitos frutos. En la Exposición industrial y artística celebrada en Bilbao en 1882, presentó un vecino de Gorostiza doce melocotones que pesaban diez y nueve libras y media.

(4) La fuente de Iguíliz que brota orilla del camino en una roca, en el llano de Uruga, ofrece en efecto la singularidad de la intermitencia. El 8 de diciembre de 1882 empezó de repente á manar después de haber estado seca durante algunos meses.

descender á su solar de Galdames, atajo de que aún hoy día se valen los galdameses que tornan de Bilbao para ahorrar gran trecho de camino.

Fernando de Achúriaga era el mayor de los tres mancebos de aquella fuerte y noble casa, cuyos señores se singularizaron por más de un siglo entre los más valerosos y encarnizados banderizos de Oñaz, y precisamente era uno de los primeros que aquella mañana habían descendido de las estribaciones del Argalarío á retar á los gamboinos.

En el instante en que exhalando un débil grito de dolor y desesperacion caía al suelo, una hermosa doncella salía del oratorio donde había pasado gran parte de la mañana orando por los que peleando como Cañes, sucumbían en la llanura de donde el siniestro rumor de la pelea llegaba hasta Arangúren.

Apresuróse la doncella á pedir auxilio á los servidores de su casa, que era la torre inmediata, y con ayuda de ellos condujo al mancebo á la torre.

En aquellos tiempos en Vizcaya era empírico el arte de curar, que sólo se adquiría con la observacion y la práctica y ejercían por aficion ó caridad algunos y por logrería otros.

Entre los criados de Martin Sanchez de Arangúren se contaba un buen anciano que pertenecía al número de los primeros y en toda la Encartacion gozaba fama de habilísimo en aquel arte. Así Martin como su hija Marina tenían la mayor complacencia en que Peruchon de Carranza, con cuyo nombre era conocido aquel su servidor, se ocupase sólo en la cura de los dolientes que requiriesen su auxilio, ora fuesen estos criados ó parientes de la casa, ora fuesen extraños á ella.

Por ventura del caballero de Achúriaga, al ser conducido á la torre por Marina, que no era otra la compasiva y hermosa doncella que tan á tiempo para reparar en el mancebo y acudir en su auxilio había salido del oratorio, se hallaba á la sazón el anciano servidor en la colina de Olarte acopiando salutíferas yerbas vulnerarias que él solo conocía.

Buscósele apresuradamente, y asistido de su señora y una buena dueña á quien ésta amaba como á madre, pues con ella había hecho veces de tal desde que le faltó la suya, prestó tan celoso y eficaz auxilio al herido, que muy pronto recobró éste el conocimiento y pudo ser conducido á un excelente lecho, restañadas y vendadas sus heridas y con todas las probabilidades humanamente posibles de que había de sanar de ellas.

Apénas era terminada aquella operacion, la voz de «¡Ah de la torre!» se oyó bajo los nogales fronteros á esta.

Asomóse el mismo Peruchon de Carranza al corredor exterior y vió que los que demandaban eran peones gamboinos, no dudando que fuesen los mismos que el caballero de Achúriaga, no bien recobró conocimiento y habla, había dicho ir en su seguimiento.

Grande fué el terror que se apoderó de Marina y sus servidores cuando, saliendo tambien al corredor, vieron á los peones, pero no tardaron en tranquilizarse, pues interrogados por el anciano, le respondieron:

—El señor Fortun Sanchez de Salcedo nos envía á saludar á su deudo el señor Martin Sanchez de Arangúren y á rogarle con mucho afincamiento que le plazca enviaros sin demora á prestar caritativa ayuda á muchos de su bando que yacen mal heridos en el campo de la lucha.

—Así haré al punto sin esperar licencia de mi amo y señor, que está ausente y tiénemela dada para tales casos, y curaré de gamboinos como de oñacinos, porque para mis señores y para mí no hay bando que deba ser preferido, y ménos cuando se trata de hombres dolientes y desafortunados.

—Bien haceis vos y vuestros señores en pensar así, pero hoy gamboinos sólo curareis, que de curar oñacinos heridos se han encargado las lanzas y las ballestas de los dueños del campo.

El anciano hizo un signo de dolor y compasion al oír esto último, y al notar lo, añadieron los gamboinos:

—Cierto que es de lamentar tamaño ensañamiento, pero culpa no pequeña de ello tienen los caballeros de Achúriaga á quienes Dios maldiga, porque ellos provocaron esta mañana la lid bajando del Argalarío á retar sañudos y procaces á los gamboinos.

Peruchon de Carranza, despues de instruir á su señora de los cuidados que convenia prestar al herido durante su ausencia, cabalgó inmediatamente en una mula de gran andar, provisto de cuanto necesitaba para ejercer su bienhechor arte, y partió valle abajo adelantándose pronto largo trecho á los peones gamboinos que tornaron por la misma vía despues de refrigerarse con un jarro de sidra que la hermosa y amada doncella de Arangúren hizo bajarles al nocedal.

Pocas horas despues regresaba á su casa Martin Sanchez de Arangúren que había pasado el resto del día en las laderas del Cuadro ó Laurea, como entónces se llamaba aquella montaña, dirigiendo el trabajo de gran número de braceros que ocupaba allí roturando y cercando gran extension de terreno destinado á la siembra de trigo en el otoño inmediato (1).

Entónces apénas era conocido en Vizcaya el cultivo del más precioso de los cereales que se traía de Castilla y

tenía aquí poco consumo. La cebada, el centeno, la avena y el mijo que se designaba con el nombre de borona, eran casi los únicos cereales que aquí se consumían, y aún estos se suplían en gran parte con la castaña que se cosechaba en gran abundancia y hasta se exportaba á reinos extraños.

El ganador de Arangúren era casi el primero que en Vizcaya había cultivado el trigo, haciendo grandes roturas en los montes. Como entónces éstos estaban vírgenes de todo cultivo y de todo despojo de sus sustancias vegetales, las cosechas que obtenía eran copiosísimas y con ellas había conseguido aumentar en gran manera la riqueza de su casa y estimular la imitacion de otros como él aficionados á las pacíficas fatigas agrarias y no á las sangrientas y ruinosas lides de bandería.

Marina le esperaba con inquietud. Sabía que el corazón de su padre era magnánimo para con todos, pero sabía tambien que acaso eran los solariegos de Achúriaga los únicos hombres á quienes no alcanzaba esta magnanimidad por los instintos belicosos de aquellos mancebos que contribuían no poco á las guerras de bando que desolaban á la noble y hermosa Encartacion, y temía que reprobase el hospedaje y los piadosos auxilios que en su casa había encontrado el más belicoso é implacable de los tres hermanos.

Cuando Marina vió asomar á su padre por la arboleda que mediaba entre la torre y la ferrería y el molino de su propiedad, que subsisten aún algunos centenares de pasos más arriba de donde existió la torre, se apresuró á salir á su encuentro.

Abrazó Martin con la dulce emocion de siempre á la hermosa, á la buena, á la santa doncella en quien cifraba en lo humano el mayor de sus amores, y Marina, con inquietud y timidez que le sobresaltaron algun tanto, le dió cuenta circunstanciada de la novedad que ocurría en la torre.

Por única contestacion Martin volvió á estrecharla en sus brazos diciéndole:

—Hija mia, lo que has hecho es digno de tí y de mí.

Y ambos penetraron en la torre adonde poco ántes había regresado el buen Peruchon, quedando muy satisfecho del estado en que encontró al herido.

V

Terminaba el otoño y aún permanecía en la torre de Arangúren el caballero de Achúriaga á pesar de hallarse ya completamente restablecido de sus heridas. Nadie sino su familia y los moradores de la torre tenía noticia de su permanencia allí, que Martin Sanchez cuidó no se divulgase para evitar que se dudara de la neutralidad de su casa en las guerras de bandería.

En la Encartacion nadie dudaba que Fernando de Achúriaga había muerto en la sangrienta lid de Baracaldo y aún no faltaba quien asegurase haberle reconocido entre los centenares de muertos que fueron sepultados al siguiente día de la lid en una gran fosa que para ello se abrió cabe la iglesia de San Vicente. De esta misma conviccion aparentábase participar en el solar de Achúriaga, pues el escudo de armas de aquella noble casa estaba velado con paños negros.

Trato con cualquiera otro de los banderizos no hubiera hecho sospechoso de parcialidad al ganador de Arangúren, pero el trato con los de Achúriaga era muy ocasionado á esta sospecha por la implacable saña que á aquellos mancebos singularizaba entre todos los de la parcialidad oñacina.

Si hubiera sido conocida del malicioso vulgo la larga y en parte voluntaria permanencia del mancebo en Arangúren, no hubiese faltado quien sospechase y aún murmurase, no de la virtud de Marina á quien todos tenían por impecable, sino del sentimiento que retenía allí tan largo tiempo al de Achúriaga, tanto más cuanto este tenía en la Encartacion fama de enamoradizo.

Si el de Achúriaga hubiese sido tan codicioso de hacienda como de triunfos bélicos y amorosos, ocasion hubiera tenido en la torre de Arangúren de envidiar á los señores de aquella casa, que en lo abastada de positiva riqueza contrastaba con la suya, no obstante ser esta una de las más ricas de la Encartacion hasta que sus señores dieron en curar más de banderías que de su hacienda.

(Continuará)

LA INOCULACION DEL CÓLERA

España entera, en la prensa, en la tribuna, en la cátedra, se ocupa hoy de un hecho llamado á producir una gran revolucion en la ciencia, de un hecho destinado, si los resultados corresponden á las esperanzas, á destruir uno de los enemigos más temibles de la humanidad: el cólera morbo asiático. Un médico catalan, cuyo nombre resuena ya en toda Europa, el Doctor Jaime Ferran, ha planteado, despues de laboriosas investigaciones y de múltiples ensayos, la inoculacion del principio atenuado del cólera como medio preventivo de esta enfermedad, contra la que casi en balde han luchado los recursos de la

Medicina y los procedimientos más ó ménos acertados de la Higiene.

El hecho es sorprendente; sus consecuencias de una trascendencia incalculable; pero, ¿el resultado es cierto?... ¿es una nueva conquista alcanzada ó una nueva ilusion perdida? Veamos el asunto bajo su verdadero aspecto, y perdónesenos de antemano que hagamos abstraccion en lo posible de todo concepto técnico, que holgaria por demás en una publicacion de este género, destinada á lectores ilustrados, pero ajenos á cierta clase de conocimientos científicos.

La inoculacion de los virus atenuados para oponerse á la accion de las enfermedades, consideradas de origen parasitario, no es una vana teoría; y desde Jenner, que con la vacuna borró de la Patología la terrible viruela, hasta Pasteur que con sus experimentos admirables ha conseguido esterilizar el carbunco y quizás la rabia y Freire que en Rio Janeiro inocula con éxito la fiebre amarilla, la ciencia registra multitud de invenciones, que prueban que en medio de los disturbios políticos, en medio de las funestas luchas por la existencia, al lado del cañon y de la dinamita destructora, el espíritu humano, con la antorcha del progreso por faro, busca incansable el modo de defender á la humanidad de las múltiples causas que la asedian y la combaten.

La inoculacion tiene por objeto determinar un estado tal en la economía que haga inofensiva en un plazo más ó ménos largo la accion del agente ó germen productor de la enfermedad. Dentro de nosotros mismos viven y pululan un sin número de organismos microscópicos que no producen alteracion alguna en nuestras funciones y á los que sólo una perturbacion en la normalidad de los actos fisiológicos ó la cesacion de la vida permite su evolucion. En ciertas enfermedades, tales como el cólera, la fiebre amarilla, la viruela, etc., se admite como principio comprobado por la observacion, que un ataque preserva para siempre de otra nueva invasion. Pues bien, la inoculacion tiene por objeto producir artificialmente esa acomodacion al principio infeccioso, esa inmunidad contra el agente morboso por medio de la accion debilitada de la causa misma de la enfermedad. El hecho teórico es científicamente cierto; la dificultad estriba en determinar cuál sea el agente productor. ¿Lo ha conseguido Ferran respecto al cólera? Los resultados en el laboratorio son concluyentes; á la experimentacion toca ahora comprobarlos.

No hace todavía un año el cólera asolaba á Tolon y á Marsella, y miéntras el gobierno de España, recordando las tradiciones de la Edad media, acordonaba la frontera y establecía irrisorios lazaretos para contener al enemigo invasor, Barcelona, dando una prueba más de su ilustracion, enviaba una comision á estudiar el azote en su foco primitivo de infeccion, el hospital Pharo. Esta comision estaba presidida por Ferran. Aunque poco conocido fuera del terreno científico, Ferran ya se había hecho notar por sus estudios bacteriológicos, contribuyendo muy principalmente esta circunstancia, entre otros méritos, á que fuese elegido por el Municipio de Barcelona. En Tolon contrajo relaciones de amistad con los delegados del gobierno francés, Nicatti y Rietsch, de los cuales aprendió á descubrir el microbio colérico en los excrementos, ensayando ante ellos la trasmisibilidad del cólera al conejo y al perro. Casi terminada la epidemia en Marsella y de regreso á Barcelona, continuó el infatigable Ferran sus trabajos, proponiéndose resolver la incógnita que dejó Koch pendiente buscando con afan la naturaleza y forma del célebre *bacilo*. Sus investigaciones no fueron estériles, y despues de una larga observacion, despues de detenido estudio en el campo del microscopio, logró Ferran seguir todas las evoluciones del microbio, su florecencia y su manera de reproducirse, probando que el *virgula* de Koch es sólo un estado transitorio, clasificando el agente productor del cólera en el orden de las *peronosporas*, y dándole el nombre de *peronospora Barcinonis* en honor á la poblacion por quien había sido delegado. El mundo científico, apreciando su modestia, le ha hecho justicia y ha designado el descubrimiento del sabio médico catalan con el nombre de *peronospora Ferrani*.

Despues de esto Ferran y Pauli, inteligente colaborador y asiduo compañero suyo, se inoculan recíprocamente con virus colérico, y esta inoculacion resulta inofensiva. Cinco dias despues, repiten el experimento con líquido de cultivo sin ningun resultado enfadoso. En tanto, más de doscientos conejillos inoculados con dos centímetros cúbicos de este mismo cultivo habían muerto, y otros tantos, en quienes se había practicado la inoculacion á dosis refractas, experimentaron los síntomas de un cólera benigno. Animado de la fe que en otro tiempo impulsara á Jenner á inocular el *cov.pox* á sus propios hijos, Ferran hace en su familia la prueba y la contraprueba: la inoculacion preventiva y la reinoculacion, y siempre el éxito corona sus ensayos. Y parientes y amigos y multitud de comprofesores, llenos de entusiasmo, se prestan con el más brillante resultado á servir de campo á sus experimentos.

La ciencia médica acoge el descubrimiento de Ferran, lo estudia, lo examina y afirma sus conclusiones. Nicatti y Rietsch le escriben mostrándole su conformidad absoluta; Van Ermengem, discípulo de Koch, repite con igual resultado sus experimentos; el mismo Koch, á fuer de verdadero sabio, cuya gloria jamás puede empañarse con la ajena gloria, se propone comprobar sus observaciones. La Facultad de Medicina de Paris le escribe felicitándole y le pide tubos de cultivo; las cámaras inglesas se ocupan con interés del asunto y solicitan de su em-

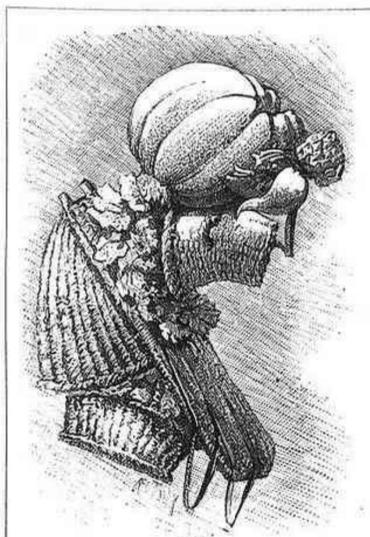
(1) Por roturar no se entiende en Vizcaya precisamente lo que el Diccionario de la lengua castellana llama «romper las tierras eriales para aplicarlas al cultivo»; sólo se da este nombre á la labor que consiste en levantar el césped del terreno inculto, quemarle en montones, cavar profundamente y despojar de raíces el suelo, es-

parcir la tierra quemada y sembrar trigo en el terreno así preparado. Con arreglo á fuero, es lícito beneficiar así el terreno comun, si bien con la condicion de abrir el cercado una vez hecha la recoleccion para que los ganados puedan entrar y pastar en la rotura.

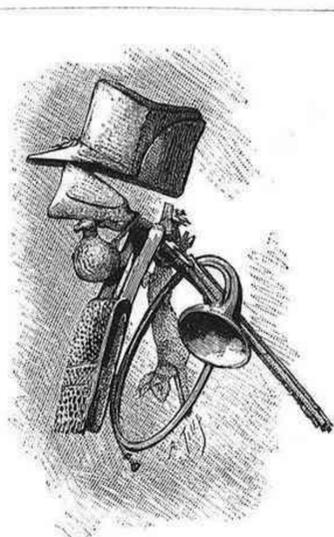
RECREOS CIENTÍFICOS

bajador en Madrid datos relativos á este descubrimiento, á fin de tomar las medidas que sean su consecuencia. De todas las provincias de España acuden comisiones á Ferran para examinar sus ensayos; el mismo Gobierno, no ménos digno de elogio por más que sea el último, nombra una delegacion con la representacion de tres de sus centros más respetables, la Academia de Medicina, la Facultad de San Carlos y el Real Consejo de Sanidad. En Valencia, en Barcelona, la prensa profesional y la clase médica obsequian con suntuosos banquetes á Ferran. Un profesor eminente, el Dr. Giné, pronuncia un brindis é invita á la iniciativa particular á contribuir con una cantidad para el sostenimiento de un laboratorio histo-químico con objeto de que pueda continuar en sus trabajos el ya célebre bacteriólogo, y pocos momentos despues se reúne una cuota anual de unas cinco mil pesetas por suscripcion privada entre un puñado de entusiastas admiradores del genio, amantes apasionados del progreso y adelanto de la ciencia.

Como se ve por lo expuesto, el descubrimiento de Ferran no ha quedado encerrado en el laboratorio, ha pasado al terreno de los hechos y los hombres más eminentes acuden en tropel á estudiar sus experimentos. Poblaciones enteras se inoculan y hasta aquí el éxito parece coronar tan halagadoras esperanzas. A la fecha en que escribimos pasan de tres mil los individuos vacunados; de estos sólo ha habido siete invadidos y todos ellos leves. Si existe ó no el cólera en Alcira, no nos toca á nosotros el decirlo; ni el periódico para el que dedicamos este artículo ni la ocasion son oportunas. Nos bastará hacer constar los siguientes datos: Alcira es una poblacion de diez y seis



LA FRUTERA



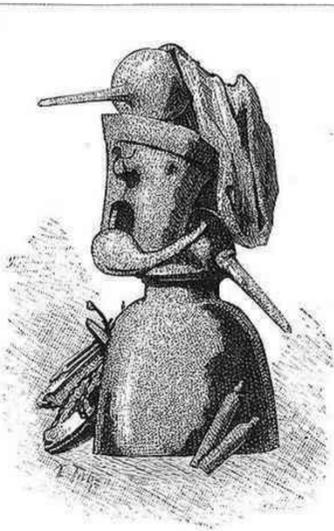
EL CAZADOR



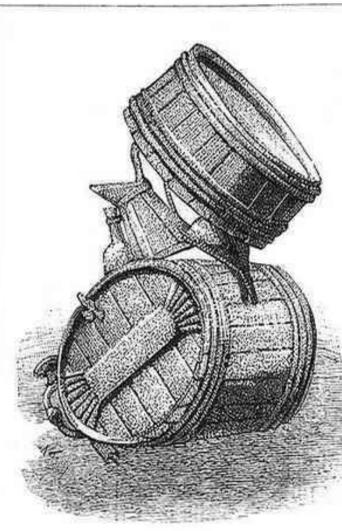
EL PINTOR



EL ZAPATERO



EL QUÍMICO



EL BOMBERO

ARTES Y OFICIOS.—Dibujos de doble aspecto

mil almas; desde el 1.º de mayo hasta hoy han ocurrido setenta y un casos de una enfermedad sospechosa que se caracteriza por síntomas análogos á los del cólera; han fallecido ¡treinta! han curado quince y quedan en asistencia veintiseis. En las operaciones practicadas por

mentos de Ferran, España, el mundo entero, pronunciarán con veneracion su nombre, que será repetido con recuerdo imperecedero por la gratitud de mil generaciones.

DR. A. FERNANDEZ-CARO

19 de mayo de 1885



ACABÓ EL CARNAVAL, dibujo por C. Randanini